

Recuerdos y un brindis por Augusto Céspedes

*Hilaré tu memoria entre las gentes
Góngora*

(Segunda de cuatro partes)

Embragado por tanto esplendor.

Con el Chueco salíamos a menudo a los alrededores de la ciudad eterna y vivimos un momento mágico al tropezarnos en un atardecer con un teatro al aire libre de la época clásica, de escalinatas circulares de mármol, rodeado de cipreses. También viajamos a Florencia y a Capri donde nos zambullimos en la Gruta Azul pese a las prohibiciones expresas puestas en carteles por las autoridades y subimos los centenares de escalones que comunicaban con Anacapri donde se había recluso el emperador Tiberio. No podía haber escogido sitio más bello frente a la bahía de Nápoles. Almorzamos espléndidamente «fruto di mare» en una trattoria brindando con un vino áspero pero delicioso y finalmente recorrimos la hermosa quinta de Axel Munthe, que describe en su «Historia de San Michele» antes de quedar ciego. En el corredor que daba al mar, el Chueco, embragado por tanto esplendor y mirando a los turistas que se hallaban hormigueando en la playa exclamó:

• Lo único que falta es que esos de ahí abajo digan: «Miren, miren ahí está el Chueco Céspedes meditando».
De vuelta al hotel nos enteramos que también Gina



Llollbrigida había pasado el fin de semana en Capri y la nota añadía: «Caminó por las calles e hizo sus compras como cualquier visitante» lo que provocó la reacción del Chueco: ¿Y qué querían, que camine con zancos?».

Augusto había alquilado un departamento incluyendo muebles y antigüedades falsas de un presunto noble venido a menos que aparecía infaliblemente a fin de mes para cobrar su cheque. Como sucedía entonces (quizá ahora mismo) nuestros salarios demoraban hasta tres meses y había que vivir de crédito. En una de esas oportunidades el noble le mandó una carta exigiendo perentoriamente el pago de sus alquileres. Augusto me convocó para que hiciera de dactilógrafo en una nota de respuesta que me dictó y en la que le decía que tenía la convicción de que era un conde «fasullo» (falso) pues uno verdadero, un noble de verdad no tendría tanta angustia de dinero. En esa época el Chueco vivió uno de sus grandes romances con una chica

italiana de nombre Mirella que era hermana de su áutista y con la que viajó a Sicilia, romance que trasladó al último capítulo de «Trópico enamorado» cuando la protagonista coquetea con el personaje llamándolo «Excelencia» y con el que, después de visitar juntos un convento de capuchinos con momias apergamizadas, de rostros desenchajados, terminan retozando desnudos en una playa desierta de arenas doradas bajo el sol espléndido del mediterráneo.

Por cierto que todos los romances de ese libro (y de otros) son de alguna manera autobiográficos pues Augusto vivió siempre enamorado.

En las tenidas con Pietro, el cónsul italiano «ad honorem» éste evocaba sus tiempos de joven oficial de las fuerzas de ocupación que habían invadido Etiopía para obsequiarle un imperio al Duce. El hombre cultivaba la perita de chivo que había hecho célebre a Italo Balbo, su comandante, rival de Mussolini. El embajador de desternillaba de risa con una anécdota que contaba Pietro: cuando el Emperador Haile Selassie, fue a la Liga de Naciones en Ginebra, a quejarse de que los italianos habían atropellado a su pueblo indefenso, los oficiales enviaron centenares de fotos desde Addis Abeba al Secretario General de la Liga con las imágenes de etíopes altísimos en paños menores exhibiendo con indiferencia los miembros que les colgaban casi hasta la rodilla. «¿Cómo pueden alegar que están desarmados si están mucho mejor dotados que nosotros?» escribían los italianos en el dorso.

Le hacía mucha gracia también la anécdota referida por Pietro sobre el Duce, obsesionado, como todos los italianos por fare bella figura para evitar que su caballo blanco le hiciera quedar en ridículo en sus desfiles ordenaba que antes del acto aplicaran al noble animal un enema proporcional a su tamaño de manera que no tuviese ningún percance en el trayecto.

Por esos días llegó Paz Estenssoro acompañado de Mario Montenegro que le servía de intérprete del inglés, de un viaje a la India, a donde había ido invitado por Naciones Unidas. Después de que descansara en el hotel Augusto y Emilio invitaron una cena y luego fuimos a la Fontana de Trevi a echar unas moneditas de la suerte. A la noche siguiente Paz Estenssoro que, después viajaría a Inglaterra como embajador resolvió quedarse en el Hotel con el argumento de que quería leer unas revistas. Augusto y Emilio quedaron frustrados y dolidos, no solamente por no poder hablar de política que es el deporte nacional de los bolivianos, sino por no hacerlo con el jefe de su partido al que además le debían sus cargos. La explicación la dio Mario Montenegro alegando que dada la frugalidad del jefe, ya legendaria en la época del exilio en Buenos Aires, éste preferió quedarse en su habitación a la idea de tener que retribuir el condumio del día anterior.

Sus lecturas.

Abogado sin vocación, político a tiempo completo, Céspedes, fue desordenado y poco selectivo en sus lecturas de juventud devorando en Cochabamba y en su juventud pacaña cuanto le caía a mano, Maupassant, Zola, Anatole France, Georges D'Espargues (hoy día totalmente ignorado, autor de una serie de cuentos sobre la revolución francesa) Vargas Vila, Chejov, Gogol, Andreiev, Pitigrilli, Pirandello, Bernard Shaw y Jardiel Poncela; los clásicos del marxismo en la folletería de la época y los libros que distribuía gratuitamente la Secretaría de Educación de México a cargo de José Vasconcelos.

En los años cuarenta, por culpa de Pepe Cuadros Quiroga que se inspiró un poco al redactar el programa del MNR, en las fobias del nazismo contra el parlamento burgués, los judíos y el capitalismo quedaron, junto a Montenegro con el sambenito de pro-nazis, del que se valió el Departamento de Estado para alejarlos del gabinete de Villaroel a cambio del reconocimiento del régimen. No dedicó, ni mucho menos al marxismo, la atención obsesiva (y a la postre inútil) que en cambio le profesaban José Antonio Arze o Guillermo Lora. Diría más bien que fue de joven, como Roberto Prudencio, spengleriano y nietzscheano. En Italia descubrió o redescubrió a Maquiavelo, pero, que yo recuerde, aunque llegó a dominar el italiano y se manejaba bien con el francés, no leía inglés ni conocía literatura anglosajona. Era un devorador de revistas y periódicos hasta el día de su muerte y también amaba el cine, la buena mesa y el whisky, eso sí siempre que tuviera compañía que le fuese grata. Amaba también los carnavales, las fiestas con

bandas, las celebraciones del Año Nuevo y era muy afligido al bailar sin percibir bien la música que se tocaba. Después de la caída del MNR en el 64, aunque conservaba a sus amigos contemporáneos como Víctor Andrade, René Ballivián y otros, le gustaba platicar y beber unos tragos con otras promociones más jóvenes, pues nunca se consideró viejo y en verdad tenía un organismo de hierro, pues no se privaba de un buen escocés (o varios) antes y después de comer. Jamás, sin embargo, lo vi embragado.

Augusto era un hombre sumamente fácil de trato, muy cálido, muy rellón y con un gran sentido del humor. Sarcástico a veces, con sus enemigos. Le gustaba la polémica y no daba ni pedía cuartel. Se sentía como Quevedo echando zancadillas a sus enemigos a sus espaldas. Mi tío Flaco Walter Montenegro preferían decirle «Chuequito». Siempre tuvo una conducta que lo alejó de algunas gentes, pero lo aproximó a otras, sobre todo a los jóvenes que lo frecuentábamos con el mayor interés y admiración al mismo tiempo, sabiendo que era el único escritor boliviano conocido en el exterior y que tenía un venero inagotable de anécdotas. Primero fue su amistad con retoños del MNR como mi hermano Fernando, René Zavaleta que lo idolatraba y otros, pero después de 1964 pasó lo mismo con Marcelo Quiroga Santa Cruz, Sergio Almaraz y José Ortiz. Sergio al principio tuvo sus reparos con el Chueco; pero quedó luego cautivado con su amistad.

El Ovanducto.

Para entonces él vivía en una casa de vecindario (en La Paz) con su nueva esposa, Graciela Postigo, que ha sido una compañera permanente y devota. Situada cerca a la calle Potosí, tenía un gran salón y un patio interior. Creo que había pertenecido a su madre, doña Adriana Patzi. Ahí teníamos unas reuniones prolongadas a las que llevábamos una botella de whisky, o de ron. Pedíamos comida al frente, a un restaurante donde preparaban sándwiches o sandwiches de lomito. Había caído estreptitosamente el MNR y la desorientación era total. Yo vivía en Venezuela y venía a La Paz, ocasionalmente, una vez por la muerte de mi padre. Quizá por él o por mi bisabuelo, el Chueco nunca me llamó Mago como preferían mis amigos, sino Mariano. Eran los tiempos de Barrientos, a quien nunca conocí aunque me aseguraron que tuve que verlo entre los tripulantes que traía el avión en que retorné Paz Estenssoro el 52. Pero en ese momento el único personaje que interesaba era naturalmente el jefe del MNR endiosado por una manifestación como nunca vi otra en mi vida. Ya en la época de Barrientos, Marcelo Quiroga y José Ortiz Mercado bajaban después de las sesiones del congreso a la casa del Chueco. Conocimos por ejemplo a Feltrinelli, el editor que después terminó misteriosamente asesinado en Italia con una carga de dinamita. Creo que Alberto Moravia también estuvo una noche. Allí se gestó el Ovanducto, es decir la posibilidad de romper el predominio militar incontrastado desde el 64 mediante una «apertura democrática» cuyo programa redactamos los civiles que formaríamos parte del gabinete y que firmaron solícitos los altos jefes militares como un «Mandato» de las Fuerzas Armadas, sin advertir que estaban abriendo las compuertas a la democracia en Bolivia aunque ésta tuviese que esperar toda una década. Sus amigos ministros pedimos que se lo nombrara embajador, pero Ovando vaciló y luego Torres prefirió no mover a quienes estaban en el servicio diplomático. Recién el gobierno de Banzer, reconociendo su valía intelectual lo invitó a la representación en UNESCO.

CONTINUARÁ

MARIANO BAPTISTA GUMUCIO
Escritor y diplomático boliviano